

Giraldo Ramírez, Jorge. 2018.
Populistas a la colombiana.
 Bogotá: Debate [196 pp.]

El difícil concepto “populismo” y sus expresiones¹

Leonardo García Jaramillo*

Una de las principales funciones de la academia consiste en plantear y refinar conceptos que usamos para describir y analizar la realidad. Los conceptos desarrollados para comunicar fenómenos políticos y manejar expectativas normativas se juzgan por su utilidad o inutilidad para representar adecuadamente el fenómeno que procuran comprender. El uso y la difusión del concepto “populismo”, sobre todo por su intensificación durante la última década, han ampliado indeseablemente su capacidad denotativa (para indicar o significar algo), en detrimento de sus potencialidades connotativas (de conllevar otros significados expresivos o apelativos, además de su significado propio o específico [DRAE 2019]).

Si bien algunos rasgos del populismo son tan antiguos como la democracia misma, su reavivamiento actual como fenómeno político en distintos países de América, Europa y Asia —así como en la última reacomodación de fuerzas ante el Parlamento Europeo— lo convierte en una categoría particularmente relevante del léxico jurídico-político contemporáneo. El uso del concepto se ha extendido desde cuando se utilizó por primera vez en EE. UU. para caracterizar al programa político del *People’s Party*, en la década de 1890. El periódico británico *The Guardian* se pregunta, por ejemplo, qué sucedió para que sus artículos pasaran de mencionar al populismo en cerca de trescientos artículos en 1998, a más de dos mil en 2016 (Rooduijn 2018).

Líderes ampliamente identificados como populistas gobiernan ahora países con una población sumada de casi dos mil millones de personas; partidos y movimientos populistas están ganando terreno en otro buen número de países (cfr. Rice-Oxley y Kalia 2018). El creciente fenómeno del populismo y sus distintas expresiones, como el ascenso del evangelismo político, son algunas de las más visibles y perniciosas patologías de la democracia y de las instituciones liberales. Un columnista de *Bloomberg* cuestiona, incluso, si el ascenso de los populistas al poder en varios países y su consolidación como movimiento en otros presagian la defunción misma de la democracia (Champion 2019).

El populismo, y en particular sus rasgos constitutivos —el clientelismo, la desinstitucionalización y la personificación carismática de la política—, han erosionado el debate público y han desprestigiado tanto a las clases políticas

* Magíster en Derecho por la Università degli studi di Genova, Italia. Profesor en el Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas de la Universidad EAFIT, Colombia. Última publicación: co-edición académica y traducción de *Democratizar la dignidad. Estudios sobre dignidad humana y derechos* de Jeremy Waldron (Universidad Externado, 2019).
 ✉ lgarciaj@eafit.edu.co

¹ Esta reseña se basa en la presentación del libro realizada en el V Congreso de la Asociación Colombiana de Ciencia Política (Medellín, agosto de 2018).

tradicionales como a las nuevas que han alcanzado el poder. Pero más allá del desprestigio de las clases políticas, la indignación generada por las patologías de los sistemas políticos, en conjunto con el mediocre crecimiento económico, se han traducido incluso en un descrédito de la democracia misma como forma de gobierno. Frente a la pregunta del Latinobarómetro (2016) “¿La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno?”, resulta preocupante que el promedio regional de quienes respaldan a la democracia sea apenas del 54%. En México y Brasil estos porcentajes disminuyeron, en 2018, hasta el 38% y 34%, respectivamente. En países como Argentina y Chile, que atravesaron por cruentas dictaduras, las cosas no son muy diferentes: 59% y 58% (Latinobarómetro 2018). Cerca de la mitad de los latinoamericanos estarían dispuestos, entonces, a apoyar un régimen autoritario a cambio de obtener algunas de sus promesas, largamente incumplidas por los regímenes democráticos.

Este fenómeno no es exclusivo de América Latina. En efecto, como lo pone de relieve *The Economist*:

Los votantes occidentales han empezado a dudar de que el sistema los beneficie, o de que en verdad sea imparcial. Encuestas de opinión realizadas en 2017 mostraron que solo un 36% de los alemanes, 24% de los canadienses y 9% de los franceses pensaban que la próxima generación estaría mejor que la de sus padres. Apenas una tercera parte de los estadounidenses menores de 35 años afirmó que es fundamental vivir bajo un régimen democrático. El porcentaje de ciudadanos que recibiría con beneplácito un gobierno militar creció de 7% en 1995 a 18% en 2017. (“A Manifesto for Renewing Liberalism” 2018, párr. 5; traducción propia)

Estas circunstancias de la coyuntura político-electoral y la precariedad de la discusión pública contemporánea sobre el populismo hacen que resulten de singular relevancia trabajos que contribuyan a esclarecer el concepto y a precisar aspectos medulares tanto de su fisonomía como de su fisiología actuales. *Populistas a la colombiana* (2018) es, en este sentido, un libro útil para los académicos que lidian con la ambigüedad del concepto en sus usos especializados, y para la opinión pública en general, periodistas y funcionarios, para quienes el populismo es un insulto vacío del que, además, parece haberse apropiado la derecha en América Latina para encasillar y atacar a sus contrincantes identificados más hacia la “izquierda” del espectro político.

El libro responde a la urgencia teórica y práctica de precisar unos rasgos que permitan identificar, con meridiana claridad, políticas —y sobre todo personajes— populistas, en cuanto facetas elocuentes de la política contemporánea. Su autor es el profesor Jorge Giraldo Ramírez, de la Universidad EAFIT-Medellín, Doctor en Filosofía y autor de, entre otros libros, *El rastro de Caín: guerra, paz y guerra civil* (2001), *Guerra civil posmoderna* (2009), *Economía*

criminal y poder político (coedición académica, 2013), *Las ideas en la guerra* (2015), *Entre dos paces* (coedición académica, 2017) y *Responsabilidad y reconciliación ante la justicia transicional colombiana* (2017).

* * *

El libro responde, entonces, a la coyuntura, pero no se queda ahí. Se divide en cinco capítulos, que abarcan fundamentalmente tres cuestiones: i) el concepto y la aproximación filosófica al “populismo”, ii) las expresiones del populismo en Colombia —desde Gaitán hasta Uribe Vélez y su “Estado de opinión”, pasando por Rojas Pinilla, la Anapo y el M-19—, y iii) la probabilidad de otro populismo colombiano. Si bien el título del libro remite al caso colombiano, los capítulos teóricos lo hacen relevante para los países de la región donde el populismo tiende a convertirse en el eje de la transformación política local, o donde se ha vuelto una muletilla para que políticos y periodistas descalifiquen a sus oponentes.

Para cumplir el objetivo de explicar y caracterizar las versiones del populismo que ha habido en Colombia, el autor desestima una premisa muy usual en el campo de los estudios políticos, a saber, que Colombia ha estado prácticamente exenta de experiencias populistas, pues el quehacer político nacional —la *realpolitik*— la hace un escenario poco proclive al populismo. Se desestima esta premisa, primero, con los dos primeros capítulos, donde Giraldo realiza una aproximación conceptual del populismo desde la perspectiva de la historia de las ideas, y, segundo, a partir del tercer capítulo, donde plantea un recorrido histórico por las versiones del populismo en Colombia. En síntesis, no ha habido escasez de populismo sino escasez de trabajos teóricos con sensibilidad empírica sobre las causas, las ideologías y los regímenes populistas.

El libro concluye con un planteamiento prospectivo acerca de la probabilidad de nuevas experiencias populistas en Colombia, no solo como movimiento, sino como gobierno, debido a las patologías estructurales del régimen político actual; en particular: la cultura de la ilegalidad, el hiperpresidencialismo y la fragilidad de las instituciones, lo cual deriva en una debilidad del sistema de separación de poderes. Asimismo, los altos niveles de clientelismo y corrupción, al mismo tiempo que posibilitan el populismo, despiertan la indignación social, que el líder populista sabe bien cómo capitalizar electoralmente.

La pervivencia y mutación de estos rasgos del régimen político colombiano, responsables del surgimiento de movimientos populistas, hacen probable que podamos tener un gobierno de corte populista en los próximos años. El régimen político a partir de 2002 ha transformado significativamente a la sociedad colombiana de una forma que la hace proclive a salidas populistas. La desinstitucionalización durante el gobierno Uribe,

cuando se creó un partido político sin ideología ni principios constitutivos, por tener mayor gobernabilidad, propició un desmoronamiento de los partidos políticos y afectó la división de poderes. Advierte Giraldo que el escenario político actual es propicio para que continúen dominando el panorama líderes carismáticos, y de pocos escrúpulos, quienes vociferan que van a rescatar a la democracia “real” (es decir, mayoritaria o agregativa) de las manos de una “élite corrupta” que se ha desconectado de las necesidades genuinas mayoritarias, que ellos interpretan bien.

* * *

En efecto, al presentarse como los adversarios acérrimos de la —tildada— “élite” política liberal,² los políticos populistas han obtenido victorias electorales. Los populistas ridiculizan a los líderes tradicionales por su incompreensión de lo que en realidad le importa a la gente del común. Prometen a sus electores la oportunidad de “retomar el control” (ver “A Manifesto for Renewing Liberalism” 2018). El líder populista se asocia de manera deliberada con una persona del común: monta a caballo, baila en las tarimas después de un discurso, reza en iglesias como el más fervoroso feligrés, come en las plazas públicas y se expresa usando un lenguaje coloquial. A pesar de enriquecerse mediante el ejercicio del gobierno, estos rasgos bien cuidados de su comunicación política le permiten mostrarse como alguien del común y, de este modo, plantear incluso —en línea con lo analizado en el libro— contrastes artificiales con los “oligarcas” miembros de una “élite”.

En el populismo hay ideología, pero no es en sí mismo una ideología. El populismo es fundamentalmente una actitud política, un talante, donde sobresale el carisma, que se refleja en la capacidad del líder para atraer a los demás por su personalidad (Alan García —sobre todo en su primer gobierno—, Chávez, Uribe...). Si bien no todo líder carismático es populista (Obama sería un ejemplo), todo populista sí es líder carismático. Se destacan el personalismo del “hombre fuerte”, el culto a la personalidad y la desestimación de las instituciones.

El clientelismo es la forma de relación del líder populista con el pueblo. El populismo de Uribe Vélez es neoliberal a nivel macro y clientelista a nivel micro, mientras que el de Chávez o los Kirchner es clientelista en ambos niveles, pues empodera a ciertos personajes a nivel macro que fungen de intermediarios entre el gobierno y los ciudadanos (los sindicatos o la dirigencia

del movimiento de las Madres de Plaza de Mayo, por ejemplo). Estos personajes —y no solo quienes reciben la asistencia— quedan en deuda con el líder político. El clientelismo hace que el populismo sea, *per se*, asistencialista. A su vez, el uso del recurso clientelista y asistencialista (a escala macro o micro) para distribuir bienes simbólicos y materiales hace que el gobierno populista (bien sea “de derecha” o “de izquierda”, o mejor, neoliberal o estatista) desvanezca la noción de derechos inalienables.

El “pueblo”, para el populista, no es el conjunto de personas que se expresan en las urnas y se representan política y simbólicamente por la idea de la “voluntad general” rousseauiana, sino una masa magmática de personas (puede que ni siquiera mayoritaria) que expresa fidelidad al líder por afinidades emotivas primarias o por programas de asistencialismo social. Por eso, los populistas censuran las libertades de prensa, expresión y asociación, y utilizan los medios a su alcance (radio, televisión, Twitter, etcétera) para intentar desprestigiar y acallar la opinión disidente o desfavorable. La reacción del gobierno Duque ante las protestas sociales de diciembre de 2019 son una muestra precisa de ello (desde “los cuatro gatos” que marchan, hasta “la mayoría silenciosa” que no sale a las calles).

El populismo identifica a gobiernos o movimientos tanto democráticos como autoritarios. Al menos en un primer momento, como sostiene Giraldo Ramírez, el populismo es democrático, no totalitario, pues se expresa, organiza y asciende al poder mediante mecanismos institucionales. El carisma se acaba y se va agotando la posibilidad de ejercer el poder de manera clientelista, lo cual degenera en medidas autoritarias —como la cooptación de instituciones del poder público— que van reconfigurando paulatinamente el régimen, otrora democrático. Los regímenes populistas suelen tener un primer período exitoso en términos económicos y de favorabilidad popular, pero con el tiempo se evidencia el desgaste, como sucedió en Colombia con Rojas Pinilla y Uribe Vélez, como está sucediendo con Trump y su probable reelección (*cfr.* Thompson 2019; Perticone 2019; Starr 2019), y como muestra, en parte al menos, la presidencia de Evo Morales.

Hay que resaltar de inmediato cuál es la concepción de democracia de la que estamos hablando, y no es claramente una concepción normativa preocupada por los fundamentos morales de la democracia y de las instituciones democráticas, sino una concepción descriptiva y procedimental, de naturaleza agregativa y mayoritaria. Los populistas son demócratas en sentido formal, pues reivindican, sobre todo, la idea de “una persona-un voto” y defienden la concurrencia libre a las urnas en un proceso electoral para votar una entre grupos rivales. En correspondencia con esta concepción exclusivamente mayoritaria de la democracia, en el populismo hay un

2 Verbigracia: “Si yo fuera presidente, estaría en la cárcel” (Trump a Clinton); “Aquí llevan ocho años burlándose del pueblo colombiano unas minorías que nos quieren imponer un modelo en el que no queremos vivir la mayoría de colombianos” (Carlos Felipe Mejía, senador del Centro Democrático).

retorno a la idea originaria de constitución política como la representación de la voluntad común del pueblo,³ que refuerza así, además, la idea de soberanía nacional y la consecuente oposición a sistemas regionales de justicia, como la Corte Interamericana, respecto de la cual Maduro y Uribe Vélez, entre otros, se han expresado en contra.

Los mensajes políticos del populista suelen ser simples: “bajar impuestos”, “subir salarios”, “combatir la corrupción”, “meter a los criminales a la cárcel”, sin precisar las políticas que implementarán para lograrlo ni los estudios en los que se basan sus propuestas. O suelen estar condensados en eslóganes que no se molestan en explicar: “castrochavismo”, “amenaza narcoterrorista” o “ideología de género”. En función de las recetas efectistas del populista, se requiere —en esa línea— una visión sobresimplificada de la realidad, como se caracteriza en el libro la perspectiva del populista. El objetivo es que se asimile socialmente la idea según la cual los fines importantes deben alcanzarse mediante la acción directa de las masas dirigidas por el líder carismático, y con una menor intermediación de las instituciones públicas y los partidos políticos. El populismo rechaza, en este sentido, la idea de la representación política. La personificación de la política y la apelación directa al pueblo se expresan también, en general, en llamados permanentes a la movilización y, en particular, en el recurso al plebiscito y a las asambleas constituyentes.

Las redes sociales han facilitado terriblemente la propagación del mensaje populista y la creación de las condiciones que lo fertilizan: la indignación y el miedo. Han sido el medio idóneo para la propagación de un tipo de discurso antiintelectual que apela a las emociones y a los afectos.

Además de su aporte conceptual, el libro contribuye al estudio histórico del populismo en Colombia. El autor distingue un populismo “clásico”, representado por Gaitán y Rojas Pinilla, de un populismo contemporáneo, representado por Uribe, Petro, Chavez, Ortega, Correa, entre otros. A pesar de las diferencias entre ambas expresiones del populismo, Giraldo reconstruye un conjunto de elementos medulares del concepto que permiten desmalezar el debate público para que pueda ser una categoría eficiente en el ámbito de los estudios sobre la comunicación política. A su vez, la precisión conceptual que aporta permite su extrapolación a otros contextos. Cada país tiene, sin duda, especificidades propias, pero no por ello debe contar con categorías políticas

contextualmente autónomas. Las categorías deben ser lo suficientemente explicativas como para abordar el amplio rango de fenómenos que por ellas se explican.

Por último, y si bien las distintas expresiones del populismo comparten fundamentalmente los mismos rasgos medulares, considero que, en particular, la posición que adoptan frente a la economía de mercado permite distinguir los dos grupos en los que se han evidenciado de manera más visible distintas generaciones de gobiernos y movimientos populistas. Así, mientras que Menem, Fujimori, Salinas, los Kirchner, Trump, Uribe Vélez, e incluso Ortega, representan —con diferencias de grado— un populismo defensor del neoliberalismo macroeconómico y el libre mercado, el populismo de Gaitán, Perón, Getúlio Vargas, Rojas Pinilla, los Castro, Chávez-Maduro, Evo Morales, Correa y Petro estaría más cercano al intervencionismo, la regulación y el proteccionismo económico.

Referencias

1. “A Manifesto for Renewing Liberalism”. 2018. *The Economist*, 13 de septiembre, <https://www.economist.com/leaders/2018/09/13/a-manifesto-for-renewing-liberalism>
2. Champion, Marc. 2019. “The Rise of Populism”. *Bloomberg*, 22 de enero, <https://www.bloomberg.com/quicktake/populism>
3. Ferrajoli, Luigi. 2002. “Pasado y futuro del estado de derecho”. En *Estado de derecho. Concepto, fundamentos y democratización en América Latina*, editado por Miguel Carbonell, Wistano Orozco y Rodolfo Vázquez, 187-214. México: Siglo XXI.
4. Latinobarómetro. 2016. “El declive de la democracia - Informe 2016”. Corporación Latinobarómetro, consultado el 5 de junio de 2019, <http://www.latinobarometro.org/latNewsShow.jsp>
5. Perticone, Joe. 2019. “9 Reasons Why Trump Could Win Reelection in 2020”. *Business Insider*, 23 de mayo 23, <https://www.businessinsider.com/reasons-why-president-donald-trump-could-win-reelection-in-2020-2019-5>
6. Rice-Oxley, Mark y Ammar Kalia. 2018. “How to Spot a Populist”. *The Guardian*, 3 de diciembre, <https://www.theguardian.com/news/2018/dec/03/what-is-populism-trump-farage-orban-bolsonaro>
7. Rooduijn, Matthijs. 2018. “Why Is Populism Suddenly All the Rage?”. *The Guardian*, 20 de noviembre, <https://www.theguardian.com/world/political-science/2018/nov/20/why-is-populism-suddenly-so-sexy-the-reasons-are-many>
8. Starr, Paul. 2019. “Trump’s Second Term”. *The Atlantic*, mayo, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2019/05/trump-2020-second-term/585994/>
9. Thompson, Loren. 2019. “Why President Trump Will Likely Be Reelected, and What It Means for Global Security”. *Forbes*, 26 de febrero, <https://www.forbes.com/sites/lorenthompson/2019/02/26/why-president-trump-will-likely-be-reelected-and-what-it-means-for-global-security/#2abe325641cb>

3 Ferrajoli (2002, 203) enfatiza, al contrario, que contemporáneamente una constitución no sirve para representar la voluntad común de un pueblo, “sino para garantizar los derechos de todos, incluso frente a la voluntad popular [...] El fundamento de su legitimidad, a diferencia de lo que ocurre con las leyes ordinarias, no reside en el consenso de la mayoría sino en un valor mucho más importante y previo: la igualdad de todos en las libertades fundamentales y en los derechos sociales”.